

COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS,
LA FIEL PASTORCITA
Y TIRANO DEL CASTILLO.
 POR FERMIN DEL REY.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE MARTINEZ

EN ESTE PRESENTE AÑO DE 1791.

PERSONAGES.

ACTORES.

Roberto , Tirano del Castillo de Grod.	⊗	Josef Huerta.
Ergasto , Pastor , su hermano.	⊗	Juan Ramos.
Rosmundo , Pastor anciano.	⊗	Vicente Garcia.
Gismundo , Alcayde del Castillo.	⊗	Francisco Lopez.
Irene. }	⊗	La Sra. Maria del Rosario.
Cefisa. } Pastoras.	⊗	La Sra. Manuela Munteis.
Melania. }	⊗	La Sra. Vicenta Ferrer.
Silvio , Pastor.	⊗	Miguel Garrido.
Pastores y Pastoras , Villanos , y Soldados.		

Se finge la Scena en los términos del Castillo de Grod en el Palatinado de Siveria.

ACTO PRIMERO.

Selva con dos colinas, una detras de otra , por entre las quales se dexa ver un rio; sobre la superior y mas lejana habrá un Castillo con su cerca ó muralla baxa, ha de tener su puente levadizo por donde se pasa el rio , llegando á hacer pie sobre la colina de delante. Salen por entre los bastidores Silvio , Cefisa y Zagales cantando y baylando. Dentro Ergasto , é Irene con su cordero blanco en brazos.

Cant. **C**Antemos, Pastores,
 amantes requiebro
 a Irene que al dia
 duplica reflejos.
 Parleras las aves,
 acordes los vientos,
 sonoras las fuentes

alternen los ecos,
 diciendo que viva
 por siglos eternos.
Cef. ¿Ves como te festejamos
 mientras de esos vericuetos
 vuelve tu padre?
Iren. Lo estimo.

- ¿Mas quién os ha enseñado esos disparates que cantáis?
- Silv.* Ergasto, que es muy discreto, y los escribe con tinta como qualesquiera ingenio.
- Iren.* Todo lo que haces me gusta, Ergasto, mas yo no entiendo por qué ni cómo.
- Silv.* Así dicen las muchachas de mi pueblo, sin saber cómo, ni quando, saben lo que no sabemos.
- Erg.* Así supiera enseñarte á entender lo que te quiero.
- Iren.* Eso ya lo sé, pero ahora no es ocasion de saberlo.
- Cef.* Parece tonta la niña.
- Iren.* Voy á llevar mi cordero á pacer al otro lado del rio.
- Cef.* Mientras es tiempo de ir cada uno á sus tareas, todos te acompañaremos.
- Silv.* Dice bien Cefisa, vamos todos alegres, diciendo...
- Cant.* Cantemos Pastores, &c. *vanse.*
Baxan el puente levadizo, salen por la puerta, y descienden al tablado Roberto, trayendo violentamente de un brazo á Gismundo y Melania.
- Rob.* Sí, yo he de hablar hoy á Irene.
- Gism.* Pero señor, á qué efecto.
- Rob.* Jamas le doy á un villano razon de mis pensamientos.
- Gism.* ¿Cómo villano? Yo soy el que á cargo mio tengo vuestro castillo.
- Rob.* ¿Y qué importa? ver á Irene es lo que quiero.
- Mel.* Ya os la llevé á que la vierais una vez, por sus consejos.
- Rob.* ¿Y ahora quién habla contigo?
- Mel.* Yo hablé con el padre vuestro, y con los iguales suyos en la Ciudad algun tiempo, y gustaban de escucharme, tal vez serás mas que ellos.
- Rob.* Dexemos bachillerias que aquí no son de provecho. Me ponderasteis á Irene (de quien ni por pensamiento me acordaba) quando vine á cazar á estos desiertos. La ví, me agradó su rostro, quise recatar mi incendio entonces, y ahora he venido solo á verla; y porque necios embarazos no se opongan á mis tenaces deseos, vosotros habeis de ser los que me la lleveis dentro del castillo.
- Mel.* Ay que no es nada.
- Gism.* ¿Y cómo hemos de hacer eso?
- Rob.* Determinaos, ó os envio de un puntapié á los infiernos.
- Gism.* Despacio.
- Mel.* Es capaz de todo.
- Gism.* ¿Mas cómo es posible? Pierdo el tiempo en pensar arbitrios.
- Rob.* Yo la paciencia y el tiempo: discurrid y executadlo baxo qualesquier pretexto, que aunque pudiera cumplir públicamente mi intento, no quiero que me censuren de tirano los goseros moradores de estas breñas.
- Mel.* ¿De quando acá tan modesto?
- Gism.* Señor, si lograsteis ver á Irene hermosa, para ello fue menester engañarla, é hice mal, lo confieso. La persuadí á que vos erais el Secretario del dueño del castillo de Grod, mas no entendió que erais vos mesmo, ni despues jamas lo supo.
- Rob.* Bien. Ahora puede saberlo.
- Mel.* Si pudiera componerse el asunto sin estruendo. Mirad, el padre de Irene fue á la Ciudad, y aun no ha vuelto. ¿Quién sabe lo que podrá detenerse? En este tiempo pudiera ser... Todo lo hacen

quatro dias mas ó menos.

Rob. Mejor serian quatro años.

El campo me causa tedio,
me enfada y no me divierte,
hoy mi persona está haciendo
falta en Cracovia á la Dieta:
ademas de que no quiero
tener con ningun villano
atenciones, ni respetos.

¿Y qué me importa que el padre
de Irene esté cerca ó lejos?

¿Debe un villano dar leyes
á su legitimo dueño?

Sepa que su hija me gusta,
y quedará satisfecho.

Mel. ¿Quién él? como os quiere tanto.

Rob. ¿Á mí? ¿pues yo qué le he hecho?

Mel. ¿Yo no lo sé? pero sé
que os aborrece en extremo.

Dice que hicisteis matar
á vuestro hermano pequeño
por usurparle el castillo
de Grod, que en su testamento
le dexó su madre, que era
segunda esposa de vuestro
padre, y con este motivo
os hace odioso en el Pueblo.

Rob. ¿Eso dice? Si mi hermano
falleció en sus años tiernos,
por qué á mi... ¿Mas qué me importa
ese maldiciente viejo?

De Irene me he enamorado:
su padre ni aun mi desprecio
merece, de los demas,
ni me obligo ni me ofendo:
vosotros ponéd por obra
al instante mis preceptos,
porque nada importa tanto
como quedar yo contento. *var.*

Gism. ¿Y ahora qué dices, hermana?

Mel. Que es menester complacerlo.

Gism. Tú corrompiste en la Corte
tu corazon segun veo.

Fuiste á Cracovia sin mí,
y en ella permaneciendo
contra mi gusto aprendiste
como se templa el veneno
de la Ciudad con la miel

del campo. Engaña al mas tierno
paladar lo agrio y lo dulce;
pero en fin, yo no lo entiendo,
tú piensa en lo que has de hacer,
porque yo ni salgo ni entro. *var.*

Mel. Lo que pienso es que si yo
me encontrara en el pellejo

de Irene aun de tanto daño
sabria sacar provecho,

pero ello es fuerza en gañarla
para lograr los deseos

del amo, que es una furia,
y bien mirado no es nuevo

dar su mano á una villana
un Polaco Caballero.

Estos amores pudieran

dirigirse á un fin funesto,

demas que si yo amo á Ergasto,

y por Irene le pierdo,

quando Ergasto pierda á Irene

corresponderá á mi afecto.

Salé Iren. Melania... ¡Oh Dios! viste.

Mel. ¿A quién?

¿Qué buscas con tanto anhelo.

Iren. No le hallo. Pobre de mí.

Mel. ¿Pues qué has perdido?

Iren. Un cordero.

Mel. Yo juzgué que era otra cosa,

¿faltan por estos desiertos?

Mas de trescientos verás

en aquel valle paciendo,

de quien tú eres la heredera,

simple Irene, como en juegos

pueriles pierdes tus horas,

si yo tuviera tu aspecto

en otras cosas pensara

mas pronto que en los corderos.

Iren. Ay que este era muy bonito,

tenia rizado el pelo,

mas caudido que la nieve

y mas jugeton que el viento.

Al alba yo le solia

lavar en los arroyuelos,

y le adornaba de flores

la cabecita y el cuello.

Desde el llano á la colina

iba tras de mí corriendo,

si me sentaba en las yerbas

tambien hacia él lo mesmo,
me miraba, y parecia
sí que me pedía un beso:
algun villano pastor
me le habrá robado, es cierto.
Ay tierno amor mio, ¿dónde
estarás, que no te encuentro?

Mel. Cierto que me causan pena
tus inocentes lamentos,
mas un simple animalito
sabrà estimar tus requiebros,
ese afecto has de ponerlo
en quien sea capaz del afecto.

Iren. ¿En quién, Melania?

Mel. En el hombre.

Iren. ¿En el hombre, que es mas fiero
que un toro, mas cauteloso
que una zorra, y mas soberbio
que un leon? No, que mi padre
me ha metido mucho miedo,
donde encontrar un hombre
que corresponda á mi genio,
y que lealtad é inocencia
se compare á mi cordero.
Quantos guian los ganados,
quantos labran el terreno
son intratables.

Mel. Porque
son villanos y groseros,
si vieras los cortesanos
que diferentes son de estos:
¿mas si no haces la experiencia
cómo has de poder saberlo?

Iren. No creas que tal haga,
porque mi padre me ha hecho
temblar con lo que me ha dicho.

Mel. ¿Qué ha dicho?

Iren. Que en qualquier tiempo
la abeja daña las flores,
la humedad á los cimientos
mas fuertes, la hormiga al trigo,
y el hombre á la muger.

Mel. Bueno.

Iren. Y si no mira la prueba.
El paxarito ligero
que pára sobre la liga,
ó siempre se queda preso,
ó dexa en ella las plumas,

pues la muger es lo mesmo,
ó no huye, ó pierde alzo. Yo
de estas cosas poco entiendo,
pero mi padre lo dice.

Mel. Qué sabe tu padre de eso.
Quando huyó la tortolilla
de su consorte alhagüefio:
mejor florecen las rosas
entre los claveles bellos,
y si la vid no se abraza
del olmo se arruina al hielo.

Iren. Pues porque te desengañes
del mal que nos causan ellos,
yo por un hombre suspiro,
me aflixo, lloro y lamento. (ese?

Mel. Por un hombre, ¿y qué hombre es

Iren. El que me hurtó mi cordero.

Mel. ¿Y si es muger? mas no son
todos iguales, yo tengo
noticia de uno que solo
por hablarte dará ciento.

Iren. ¿Quién es? ¿le conozco yo?
¿algún pastor?

Mel. No por cierto,
te acuerdas del Secretario
del Señor.

Iren. ¿Aquel tan serio
que habló conmigo una vez?

Mel. ¿Ola, te acuerdas? Me alegro,
ese ha vuelto para hablaros.

Iren. ¿Y qué quiere decir eso?

Mel. Quiere decir que te quiere.

Iren. Que me quiera desde lejos.

Mel. ¿Por qué?

Iren. ¿Por qué? porque es loco.

Mel. Si es loco, amor le hace serlo.
Si supieras quantas cosas
me ha dicho... ya no me acuerdo,
pero en fin, si tú le hablaras.

Iren. Yo, Melania, no me atrevo.

Mel. Es un hombre como todos.

Iren. Como todos, yo lo creo,
mas yo no soy como todas,
ni sé hablar con fundamento.

Mel. Qué importa. A los cortesanos
mas les agradan los hechos
que las palabras.

Iren. ¿Pues yo

qué he de hacer con él?

Mel. Ir luego

al Castillo, presentarte
con el semblante alhagüño,
y pedir justicia contra
quien te robó tu cordero.

Iren. ¿Y tú crees que él podrá
hacer cosa de provecho?

Mel. Sí.

Iren. Y hallar el corderito.

Mel. Sí, ¿pues qué duda hay en eso?

fulminará la amenaza
de su Señor, y al momento
intimará á los pastores
las cárceles y el destierro.
A tí te hablará sin sombra
de señorío ni imperio,
y tal vez... dirá que te ama.

Iren. Eso es lo que yo no quiero
que diga.

Mel. ¿Con que no quieres
el corderito?

Iren. Sin eso
me le puede dar.

Mel. Muchacha,
en las Cortes es defecto
esa rústica esquivéz.

Iren. Y qué por acá tenemos
otra usanza, y tú me has dicho
que los cortesanos diestros
mas que las palabras buscan
en las mugeres los hechos.

Mel. Anda, no tengas temor,
que es muy afable y modesto.

Iren. Bien: yo no sé qué no haria
por recobrar mi cordero.

Pero ¡ah! y si Ergasto lo sabe.

Mel. Y que importa Ergasto.

Iren. Yo eso
no lo sé, pero él no quiere
que hable con algún sugeto
con que... y si Ergasto se enfada,
yo deseo complacerlo,
aunque no entiendo qual sea
la causa de mis deseos.

Mel. ¡Ah picarilla! y dirás
que no los tienes afecto
á los hombres,

Iren. ¿Pues por qué?

¿agradarle en quanto puedo,
y no querer que se aparte
de mí se llama quererlo?

Mel. Yo creo que sí.

Iren. Si siempre
al lado mio le veo
¿no le he de querer bien? somos
amigos desde pequeños,
y como dice mi padre
con el trato va creciendo
la amistad.

Mel. Ve aquí el motivo
de que proceden mis zelos.

Iren. ¿Y cómo he de ir al Castillo
si Ergasto no gusta de ello?

Mel. Por disgustarle, y porque
me ame y te aborrezca quiero
que vayas.

Iren. ¿No me respondes?
voy á decirselo, y vuelvo,
si quiere darme licencia
para ir.

Mel. No me acomoda eso: *ap.*
perderás el corderito
si no aprovechas el tiempo.
¿No habla con todas Ergasto?
¿no hace su gusto en queriendo,
y va sin tí donde quiere?

Iren. Pues yo sin él no me muevo.

Mel. Qué necedad, pero en fin
si quieres hallarle presto,
ve subiendo ácia el Castillo,
que ahora Ergasto ha ido derech
ácia él, porque el Secretario
le llamó no sé á qué efecto.
Dile lo que determinas,
y él dirá que sí corriendo.

Yo le voy á detener *ap.*
si por ventura le encuentro,
porque no le halle esta tonta,
y se descubra el enredo;
él no se opondrá á que vayas, á ei
porque un amante discreto
debe, quando no los dos,
cerrar un ojo á lo menos. *var.*

Iren. Voy, pero aquí viene Ergasto,
quiero salirle al encuentro.

Mira, Ergasto...

Sale Erg. Irene mía,
¿tú llorosa, pues qué es esto?

Iren. Ay que he perdido mi bien.

Erg. ¿Tu bien perdiste? no, dueño
mío, aquí está.

Iren. ¿Dónde, dónde?
anda, traemele corriendo.

Erg. Si soy tu bien, aquí estoy.

Iren. Eh... tú no eres mi cordero.

Erg. Yo seré lo que tú quieras
por ser tu bien.

Iren. Lo agradezco,
pero este bien suspirado
que en mi corderito pierdo
en tí no debe de haberle,
pues hasta ahora no le encuentro.

Yo voy adonde él me guía,
yo con él retozo y juego,
yo le beso, yo le abrazo,
y mi padre está contento,
si tú me miras tal vez,
si al oírte hablar me alegre,
ó si me das una flor,
mi padre regaña luego,
con que amarte á tí, y amar
al corderito es diverso,
porque yo no llamo amor
á lo que causa tormento.

Erg. Eso es amor: padecer
con gusto por el objeto
que se ama, y sacrificar
á lo agradable lo acerbo.
Yo quantas mas penas sufro
por tí, mi bien, mas te quiero:
y por tener que ofrecer
á tu amor un culto nuevo,
inventaría imposibles,
atropellaría riesgos.

Por tí pasaría á nado
el Vistula, cuyos hielos
son prisiones de su curso.
Por tí abrazaría el fuego,
mas tú, cruel, no me quieres,
no, tu corazón da exemplos
de dureza á esos peñascos.

Iren. Ay que malos pensamientos:
mira, si no te quisiera

mucho mas que á mi cordero
sin decirte á tí palabra
hubiera ya entrado dentro
del Castillo.

Erg. ¿Para qué?

Iren. Para decirle en secreto
al Señor que le gobierna
el agravio que me han hecho,
que busquen mi corderito,
y que me le vuelvan luego.

Erg. ¡Ay mi bien! no hagas tal cosa.

Iren. ¿No? ¿por qué?

Erg. Yo acá me entiendo,
si el sol te mira me enfada,
de tu misma sombra temo
si te sigue. El Secretario
es hombre.

Iren. ¿Y qué importa eso?

Erg. Puede quanto quiere. Acaso
te detendrá, y... ¿qué sabemos?

Iren. Le diré que tengo prisa.

Erg. El poder hace soberbios,
te detendrá de las manos.

Iren. Le diré que se esté quieto.

Erg. Te hará sentar á su lado,
y verá tu rostro al menos.

Iren. Pues yo le diré que cierre
los ojos.

Erg. Recursos necios,
sabe el cortesano astuto
mas que el labrador mas cuerdo,
sabe que huye la muger
porque la vayan siguiendo,
sabe que niega, y negando
suele conceder. Pero esto
no lo entiendes. Piensa en fin.

Iren. Yo en mi corderito pienso.

Erg. Yo te daré otro mas grande.

Iren. Bien: asi los casaremos.

Erg. ¡Oh simplicidad! ¡oh don
de naturaleza bello,
tú eres el que me enamoras,
y tú causas mi recelo!

Si estuviera aquí tu padre
no irías, te lo prometo,
pero en su ausencia soy
quien impedirtelo debo.

Iren. ¿Y por qué lo has de impedir?

sin

sin tu licencia no quiero
ir al Castillo, mar si
no me la das refiremos.
Erg. Ve, pues, adonde te guia
un inocente deseo,
mas quiera el Cielo piadoso
que tú y yo no le lloremos:
y mira que si te pierde
algun tirano el respeto,
Irene mia, ya sabes
que te lo advertí primero. *vase.*

Iren. ¿Qué deberá la inocencia
tener de los hombres miedo
quando entre osos y leones
dicen que vive sin riesgo?
El Secretario es un hombre
como los demas; yo creo
que un hombre no es una fiera
por mas que fuere perverso,
podrá decir quanto guste,
¿y qué tenemos con eso?
¿no destroza un edificio
el soplo de qualquier viento?
Soy pastorcita, soy simple,
mas soy muger en efecto.

Sale Rob. Ve aquí á Irene sola.

Iren. Él es.

Rob. A tí te buscaba.

Iren. Vengo
buscandooos.

Rob. Pues de ese modo
estamos los dos de acuerdo,
ven.

Iren. ¿Adonde?

Rob. A mi Castillo.

Iren. Aquí diré lo que quiero.

Rob. Aquí no puedo escucharte.

Iren. Un corderito muy bello
me han robado.

Rob. Compra treinta. *dala un bolsillo.*

Iren. ¿Qué me dais aquí?

Rob. Dinero.

Iren. ¿Y qué he de hacer yo con él?

Rob. Cumplir todos tus deseos.

Iren. En mi vida le he tenido,
ni sé lo que es, ni le aprecio. *le arroja.*

Rob. Todo es oro, mirale,
y le apreciarás.

Iren. ¡Que necio
fue, segun dice mi padre,
quien le sacó de su centro!
porque segun me ha explicado
es el ídolo perverso
de los mortales, peligro
de la virtud, y sendero
para el vicio. Con el oro
en el mundo aparecieron
hurtos, violencias, estragos,
guerras, discordias y excesos.
Y quando incurren los hombres
por él en tantos defectos,
¿qué perderá una doncella
honrada en no conocerlo?

Rob. Perderá el no disfrutar
sns magníficos portentos:
con el oro orlarán piedras
preciosas ese cabello
que ahora una y otra flor ciñe,
fragil despojo del cierzo,
é ilustraría de colores
el iris tus ornamentos:
tu pie, que mal defendido
pisa hoy abrojos severos,
mañana en una carroza
tendrá digno pavimento,
y en lugar del agua pura
que te ofrece el arroyuelo
te dispensarán lieores
ya la Borgoña ya el Rheao:
no antes que despierte el sol
saldras del pagizo lecho,
si de las sedas persianas
y de los indianos lienzos,
que en colchas y cortinajas
pudo esmerar el ingenio,
estos prodigios del oro
á tu perfeccion ofrezco
si mas afable...

Iren. A mi no
me hace fuerza nada de eso.
Pero si refriega el agua
mis labios, ¿para qué quiero
otro licor que se suba
á predicar á los sesos?
Si hieren mis pies abrojos
del campo, para eso tengo

La fiel Pastorcita,

libre el corazon de espinas
 que aguza el remordimiento:
 si adornan frágiles flores
 mis vestidos y cabellos,
 voy menos rica, mas voy
 mas honesta por lo menos.
 Y en fin por todo ese brillo
 mi felicidad no trueco,
 y será mayor si haceis
 que me vuelvan mi cordero.

Rob. ¿Qué cordero dices?

Iren. Uno
 que me han robado, y sabiendo
 Melania que habiais venido,
 me dixo que el mejor medio
 de hacer que pareciese era
 informaros del suceso.

Rob. Si Melania te lo ha dicho
 bien la puedes creer: (lo entiendo)
 justamente me ha vendido
 poco tiempo ha uno muy bello,
 te le daré si es el tuyo;
 mas ve tú á reconocerlo, (*Gism.*
ve... Pero Gismundo viene: *sale*
 ten, que darle la orden quiero
 de que te le restituya.

Iren. Me iré con él, segun eso.

Rob. Sí: escucha tú, quando Irene
 la colina haya traspuesto, *ap.*
 sin que llegue á percibirlo
 haz levar el puente luego,
 que yo por la puerta oculta
 que el rio encubre iré presto,
 vadeando á caballo el rio.

Gism. Ven, que vas por el cordero
 á dar en manos del lobo. *ap.*

Rob. ¿A qué aguardas?

Iren. Voy corriendo:
 si recobro el corderito,
 por vos le he de dar dos besos.

*Va subiendo Irene y Gismundo por la
 colina, y luego que entran al Castillo
 leván el puente.*

Rob. Ve, que jamas fue dichoso
 quien no tuvo atrevimiento.
*Sale Silvio con un corderito blanco
 en brazos.*

Silv. Mira, Irene, ¿dónde vas?

ven, que aquí está tu cordero.

Rob. Eh, villano, ¿qué das voces?
 márchate de aquí, ó te estrello
 de un puntapié.

Silv. Ay, señor mio,
 ¿pues yo qué daño le he hecho?

Rob. Ya te digo que te marches:
 entre la ira crece el fuego
 de amor. Si no logra huirme
 me ha de armar á su despecho. *vass.*

Silv. El tal cortesano tiene
 buenos modales por cierto.
 ¿Mas dónde va esta muchacha?

Sale Cefisa. Silvio, ¿qué haces ahí sus-

Silv. Qué sé yo. (*penso?*)

Cef. Ay qué corderito
 tan hermoso.

Silv. Cepos quedos.

Cef. Ay que es el de Irene.

Silv. Pues.

Cef. Dámelo, que voy corriendo
 á llevárselo y á que
 me pague el hallazgo.

Silv. Eso
 tambien lo puedo hacer yo.

Cef. Dámelo tontazo.

Silv. Luego.

Cef. ¿No quieres dármele?

Silv. No.

Cef. Me enfadaré.

Silv. Buen remedio.

Cef. ¿Qué apuestas que me le das,
 y que si yo no le quiero
 me ruegas con él?

Silv. ¿Cefisa,
 quieres creer que no lo creo?

Cef. ¿Y por qué le has de negar
 á tu Cefisa el consuelo
 de que te quiera?

Silv. ¿Y estotro
 qué tiene que ver con eso?

Cef. Que si no haces lo que pido
 es fuerza que de tu afecto
 viva yo quejosa, y que
 te pague en el mismo precio.

Silv. Con que me aborrecerás
 si no te doy el cordero.

Cef. Ya se ve que sí: ¿mas cómo

te podrá dexar mi pecho
de querer? Ay, Silvio mio,
que si me olvidas me muero.

Silv. Pobre muchacha, por Dios
que de pirla me enternezco.

Cef. Qué no haria yo por tí
mas que tú haces, majadero,
por mí.

Silv. Darte el cordero:
llévatele, y buen provecho.

Cef. ¿Yo llevármele? eso no,
si no tienes gusto en ello.

Silv. Si tal, tómale, bobona.

Cef. Ya he dicho que no le quiero.

Le vuelve la espalda.

Silv. Toma, tonta mia.

Cef. Daca, *le toma.*

Silv. ¡Ola, qué de prisa has vuelto!

Cef. Pues si me lo ruegas tanto:-
ves que has tragado el anzuelo,
y vienes á suplicarme

lo mismo que yo deseo.

Silv. Pero ya que hecho por tí

lo que querias, espero:-

vuelve por otra, y verás

como te doy pan de perro.

Cef. ¿A mí tú?

Silv. Yo á tí.

Cef. Anda, bruto.

Silv. Vaya ella.

Cef. Vaya él el puerco. *vase.*

Silv. Ve aquí lo que son mugeres,

bien me decia mi abuelo,

que el darlas gusto ha de ser

sin perjuicio y á su tiempo. *vase.*

Sale Rosmiro, pastor anciano, con su

cayado en la mano.

Rosm. Gracias á Dios, ya percibo

la miserable cabafia

que mis secretos encubre.

Presto caerá la arrogancia

del tirano. Ya en Cracovia

se queda viendo mi causa;

mas qué será que no sale

á recibirme, en las alas

de su amor, mi amada Irene.

Sale Cef. Ya que Irene no está en casa

voy á lavar el cordero,

que se le ha puesto la lana
tan sucia:- ¡pero qué miro!
nadie creyó que llegaría
su merced tan pronto.

Rosm. Mucho
en un dia se adelanta.

Cef. ¡Como sudais! Aguardad
y os limpiaré el rostro.

Rosm. Aparta
la mano.

Cef. ¿Y por qué, Señor,
hago alguna cosa mala?

Rosm. Sojo la sombra del mal
tal vez á la muger daña.

Cef. Vos sois viejo.

Rosm. El hombre viejo,
no obstante es hombre.

Cef. En la traza.

Rosm. La honestidad es cristal
que a un leve soplo se empaña,

nieve expuesta al Sol, y cera

que se derrite á la llama;

pero hablemos de otra cosa.

¿Qué hace Irene?

Cef. Llorando anda

por el corderito blanco

que se perdió en la montaña,

y yo por ir á buscarle

vengo casi derrengada.

Rosm. ¿Y le hallaste?

Cef. Veisle aquí.

Rosm. Mucho te debo.

Cef. Ahora falta

que usted me lo recompense.

Rosm. ¡Hay tal pedir de muchacha!

¡que á pesar de mis consejos

has de ser interesada

siempre! Ah malvado interes.

Por profunda, inmensa y ancha

que sea qualquier laguna,

tal vez se logra llenarla,

pero el deseo del hombre

ni se llena, ni se sacia.

Cef. Vaya, Señor, que tenéis

unas ideas extrañas:

¿si se llama interesado

quien busca lo que le falta,

cómo se debe llamar

quien puede dar y lo guarda?
Solo trabajan para otros,
sin que los importe nada,
la oveja, el buey y el carnero;
este criando la lana,
estotro sufriendo el yugo,
y aquella en la miel que labra,
con que tan bruto como ellos
seria el hombre en sustancia,
si trabajando para otros
para sí no aprovechara. *vase.*

Rosm. Oh! como la vil codicia
el mas torpe ingenio aclara
para su mal!

sale Melania. Qué hay, Rosmito.

Rosm. Guárdete el Cielo, Melania.

Mel. Espera un poco.

Rosm. Mi prisa

á ver á Irene me llama,
que ya me estará esperando
al umbral de la cabaña,
cuidadosa de mi arribo.

Mel. ¿Irene? Si no está en casa.

Rosm. ¿Pues dónde está?

Mel. En el Castillo.

Rosm. ¿En el Castillo? ¿A qué?

Mel. Andaba

buscando su corderito
que se perdió esta mañana,
y sabiendo que el Señor
en su Castillo se hallaba,
subió á pedirle que mande
con castigos y amenazas
que se le vuelvan.

Rosm. ¡Mi hija
en el Castillo! Ay hija incauta.

Mel. Escuchad, no ha ido ella sola,
que mi hermano la acompaña.

Rosm. Sí, que un criado... Yo voy
tambien... ¿Mas qué veo? ¡Ay ansias!
aquel puente...

Mel. Leventado
le habrán porque no se vaya
el ladrón.

Rosm. Ay triste padre.

Mel. Ay qué extremos para nada,
qué mas quisiera la tonta,
sino es que no fuesen falsas

las voces que corren.

Rosm. ¿Cómo?

¿qué voces son? ¿de qué tratan?

Mel. Dicen que ha vuelto el Señor,
solo por verla y hablarla.

Rosm. ¿Qué dices?

Mel. ¿Y qué tenemos?

¡Ojalá que yo lograra
tanta fortuna! Ve aquí
una ocasion de casarla
como merece. Yo estuve
sirviendo un año en su casa,
y ojalá me hubiera dicho
alguna vez puches para
responderle arroz.

Rosm. Es cierto

que en Polonia no se extraña
el casamiento de un noble
con una humilde aldeana,
porque aquí la virtud es
de la nobleza la base;
pero no es ese tirano
de condicion tan humana:
quién sabe si... Ella no vuelve,
y yo muero: lo que tarda.
Aquel cespel demasiado
de la tierra se levanta,
corriendo rápido el rio
entre una y otra montaña,
y es empeño inaccesible
el de lograr libertarla.
¿Mas qué importa? Irene, á precio
de mi vida desdichada
vuelo á defenderte.

*Irene en lo alto de la pequeña cerca
del Castillo.*

Iren. Cielos,
socorredme. Injustas almas,
dexadme huir. ¡No hay piedad
en vuestras duras entrañas!
Dulce inocencia, qué aguardo,
por tí muero, tú me ampara.
Se arroja desde la colina al rio.

Rosm. Cielos, ¿qué veo? ¿qué escuchó?
Hija... Pesares... Melania...
Corre; Rosmiro, á morir
con ella, ó á libertarla; (*pieza y cae.*
pero, ay Dios, á un tiempo toda tro-
mi

mi vida y mi aliento acaban.

Mel. Gran daño he causado, ahora
remediarle es lo que falta,
y emendar el yerro que hice.
Pastores, al río. *vase.*

Voces dent. Al agua.

Otros. Al repecho.

Otros. A la colina.

Rosm. Cielos sagrados, libradla.

Si pudiere andar... En vano
mi enojo al esfuerzo llama.

Ah, que si muere mi hija
no muere de temeraria,
muere victima gloriosa

del honor; pudo obligarla
á tal esfuerzo la fuerza:

pérfido, no es la que acabas
de mostrar la primer prueba

de tu condicion tirana,
desde tus primeros años

te conozco impío, para
saciar tu ambicion intentas

dar muerte en su tierna infancia
á un hermano, y enemigo

de tu sangre te declaras,
para perseguir despues

á la virtud, que es alhaja
desconocida de tí,

mas llegará el dia en que abra
el Cielo á la comun queja

el dique de las venganzas.
Ay triste Irene, si aun vives

voy, aunque arrastrando vaya,
donde sepa... Mas ¿qué tengo

que saber? Si muere honrada
mi hija, si muere inocente,

pues creyó que la salvara
su resolucion, sin duda

mi llanto su gloria ultraja,
porque no muere á la vida

quien vive para la fama.

Sale Mel. Ven, cobra aliento.

Rosm. ¿Qué ha habido?

Sale Cefisa muy alborotada, y Silvio.

Cef. Señor, ¿sabeis lo que pasa?

Rosm. Sé que ha muerto Irene.

Silo. El viejo

chochea.

Cef. No sabeis nada
segun eso.

Rosm. Decid, no
me tengais suspensa el alma.

Silv. Yo lo diré.

Mel. Calla tú,
que yo he de contarlo.

Cef. Calla tú,
que yo quiero decirlo.

Silv. Adonde hay hombres no hablan
las mugeres.

Cef. Antes sí,
porque estamos graduadas
de bachilleras.

Rosm. Sacadme
per Dios de confusion tanta.

Mel. Dilo tú, Cefisa.

Cef. Ahora
no quiero. Habla tú, Melania.

Rosm. Vamos; ¿vive mi hija?

Cef. Poco

á poco, que me atraganta
el cansancio, y el temor

la respiracion me embarga:
en las orillas del rio

como es costumbre lavaba
yo el corderito de Irene

que se perdió en la montaña,
quando escucho de improvise

que agitado el ayre brama,
como quando desde el monte

una piedra se desgaja,
suena en las quebradas olas

un golpe que me acobarda,
un ardor corré á mi rostro,

un yelo mis miembros pasma:
no vi quien cayó, mas vi

que las ondas se separan,
gimen, se espuman y extienden

sobre la orilla contraria,
y entre sus círculos sube

quien cayó sobre las aguas:
muger la juzgo en el traje,

conozco á Irene en la cara,
pido socorro á los Cielos,

llamo á todos asustada,
no me oyen.

Rosm. ¿Y volvió á undirse

Irene? ¿Qué dudas? Habla.
Cef. Volvió á undirse; pero Ergasto, que pudo ver su desgracia, arroja sobre la yerba el vestido, el rio salta, de los brazos hace remos, y rompe las ondas vagas, coje de un ímpetu á Irene de sus ropas, afanza, y despues del brazo izquierdo hace á su pecho muralla: corta el agua con el otro, se acerca á la orilla-grata, aferra un pródigo ramo, fixa en la arena la planta, y deposita el hermoso pescado en la húmeda grama; pero la infeliz no abria los ojos ni respiraba.

Rosm. ¿Luego no vive?

Cef. Señor, si vive, que recobrada por instantes no tan solo vive, pero escucha y habla. Y al atender que su padre habia vuelto, mostraba por la sonrisa del labio la complacencia del alma: corre, ve á verla, Señor, verás si mi voz te engaña: camina por esa senda, que yo iré por la contraria, porque no podre sufrir la pereza de tus plantas, que estoy de gozo y de susto confusa y alborozada. *vase.*

Rosm. Por donde... Mira... Ay Ergasto, mas que me debes de pagar. *vase.*

Mel. Voy á desmantar que he sido de tanto daño la causa. *vase.*

ACTO SEGUNDO.

Baxan el puente, y salen por él Roberto y Melania.

Rob. ¿Sabes el suceso?

Mel. Sé que Irene huyó de la quema.

Rob. Sí; mas bien quiso morir que atender á mis finezas; se arrojó al rio. No importa; una muger que es tan necia merece morir.

Mel. ¿Pues veis? aun todavia no es muerta.

Rob. No? ¿Pues quién pudo salvarla?

Mel. Su querido Ergasto.

Rob. Espera.

¿Quién es Ergasto?

Mel. Un pastor que la ama de todas veras.

Rob. ¿É Irene le corresponde á su amor?

Mel. No que son brevas.

Rob. ¿Y huía de un caballero?

¿Con que un villano atropella el gusto de su Señor?

¿Su fragilidad emplea con él, y conmigo finge pundonor y resistencia?

Ah cautelosas mugeres, cómo ha de haber quien os crea, si es el engaño en vosotras segunda naturaleza.

No os contentáis con mentir siempre que moveis la lengua, que hasta lo que ven los ojos es ficción, arte y cautela.

Fingis los negros cabellos, fingis las pobladas cejas, fingis la tez... Y en vosotras esto es una friolera, porque palabras, suspiros, risa, llanto, esquivéz, quejas y enojos, todo en vosotras es una pura apariencia.

Mel. Poco á poco, que no todas entramos en esa cuenta; mas quando fuese verdad que fingimos la belleza, los hombres tienen la culpa, porque nada les contenta.

Y si fingimos la risa, el gracioso y la terneza, la culpa tienen los hombres que apetecen cosas nuevas.

En quanto al amor, no es tanto
nuestro artificio y cautela,
y aun si fuesen las mugeres
menos crédulas hubiera
en ellos mayor constancia,
y menor peligro en ellas.
Si ha sido Irene cruel,
yo no extraño que lo sea,
porque son con las mugeres
inútiles las violencias.

Queremos amar por gusto.

Rob. Pues yo quiero amor por fuerza,
porque á mí no ha de queretme
si quiere á Ergasto esa necia.
¿Un rústico ha de burlarme?
Yo humillaré la soberbia
de esa villana, y no siempre
triunfará su resistencia.

Mel. Bien, hacad lo que gustareis
como todo eso se entienda
sin contar conmigo.

Rob. ¿Y cómo
en este empeño me dexas?

Mel. No faltará otra que vuestros
encargos tome á su cuenta.

Rob. ¡Qué tontería! tú harás
no mas que lo que yo quiera.

Mel. Menos la tasa. Y en tanto
que hallais á quien me suceda,
yo renuncio en vuestras manos
los honores de tercera.

Rob. No harás tal.

Sale Gism. Señor.

Rob. ¿Qué traes?

Gism. Corriendo por la dehesa
he hallado un javalí muerto
con una hacha de hacer leña,
de esotra parte del río.

Rob. ¿Qué dices? ¿Ay quien se atreva
á matar en mis vedados
la caza que se reserva
para mi recreo? Corre,
infórmate de quien sea
el atrevido villano,
y en inquiriéndolo muera,
pero no: yo iré contigo,
y haré que esos viles sepan
de qué modo nuestros fueros

en Polonia se respetan.

Y pues la ley nos permite
sobre esa gente grosera
tanto dominio que la hace
esclava de la nobleza,
ríndase Irene á mi gusto,
lllore su amante mis penas,
y el que profanó mis cotos
sienta, sufra, tiemble y muera. *vase.*

Mel. ¡Caramba! ¿Y quiere que yo
tome parte en sus ideas,
para que digan que si él
es malo yo soy perversa?
no: me valdré de otros medios
para que Ergasto me quiera.
Pero aquí vienen Rosmíro
é Irene con la caterva
de los Pastores. Me voy
á meter en danza.

Dem. voc. Vuelva,
en albricias de que Irene
vive, la bulla y la gresca.

*Salen los Pastores y Pastoras cantando
y baylando, y detras Irene y Rosmí-
ro, que traerá un azadon, y una
pequeña casita.*

Cantan. Celebrad, Pastores,
el dichoso dia
en que la inocencia
vence á la malicia.
Y al són del pandero
y las castañuelas
cantando y baylando
por montes y selvas,
repitamos todos
con bulla y con gresca,
muera la malicia,
viva la inocencia.

Rosm. Amigos, yo os agradezco
la festiva atencion vuestra.

Silv. Toma, pues esto no es nada:
despues ha de ser completa
la funcion; porque ahora vamos
á buscar por las dehesas
todos los demas Pastores,
y luego que el caso sepan
hemos de armar tal poleo,
(y mas que es dia de fiesta)

que mos hemos de hacer rajas
á coces y volteretas.

Rosm. Pues id, que importa quedarnos
nosotros.

Silv. Siga la gresca.

Mus. Celebrad, Pastores, &c. *vanse.*

Iren. ¿Dónde va mos, Señor?

Rosm. Vamos
donde mi temor nos lleva.

Iren. ¿Qué temeis si ya estoy libre?

Rosm. Un padre siempre recela.

He conocido á ese injusto
antes que tú.

Iren. Yo quisiera
no haberle visto jamas.
Quería cerrar la puerta,
mas no sé quien revistió
mi pecho de fortaleza
para huir, para librarme,
y para que me atreviera,
estando levado el puente
á cortar las ondas crespas
del rio de donde Ergasto
me sacó, segun me cuentan.

Rosm. Me horroriza la memoria
del caso, mas no se pierda
de vista lo sucesivo.

Quien por un delito empieza
se determina á otros muchos
donde no halla resistencia:
si de un tirano dominio
una hija no se reserva
¿cómo tendremos seguras
casas, familias y haciendas?
En nuestra misera choza
tal secreto hasta hoy se encierra,
que nos haria infelices
si ese impío le supiera,
y así es preciso esconderle,
mientras aqui permanezca,
porque ne llegue á sus manos.
Rompe, hija mia, la tierra,
y haz una honduza bastante
á poder guardar en ella
esta caja.

Ines. Así? *caba.*

Rosm. Bien va,
ten cuidado no te hieras

un pie con el azadon.

Profunda mas, caba aprieta,
hija mia, y no te pares
mientras nadie nos observa.
Dexamela ver: ya basta;
mete ahí la caxita, y echa
tierra encima.

Iren. Ya lo hago.

Rosm. ¿Qué situacion tan funesta
la de quien tiene el rubor
de haber nacido á obediencia
de tal dueño! Aquellos dias,
dignos de memoria eterna,
en que vivia su padre,
y en que su consorte bella
fiaba los mas ocultos
arcanos de mi reserva;
¿dónde se desaparecen!
¿Pero quién duda que vuelvan
á renacer? Mas el fruto
de esta esperanza alhagüenia
no le lograré yo. El tiempo
apresura mi carrera,
y cada instante es un siglo
que me avecina á la huerta.

Iren. Ya está todo, Señor.

Rosm. Bien;
cuidado hija, que no sepa
nadie que hemos escondido
aquí esa caxa. Ve, lleva
el azadon.

Iren. Al instante;
pero...

Rosm. ¿Qué quieres?

Iren. Quisiera
saber lo que hay en la caxa.

Rosm. Anda, Irene, no seas necia.

Iren. ¿Qué desconfias de mí?
Quanto los años se aumentan
en vos mas se disminuye
el cariño.

Rosm. No lo creas,

Iren. Pues bien está, padre mío,
decidme lo que hay en ella.

Rosm. Femenil curiosidad,
que es necesario perderla;
ah, quantas, quantas mugeres
arriesgaron su modestia

por satisfacer el ansia
de saber lo que debieran
ignorar.

Iren. Si : las mugeres
no hay defecto que no tengan,
pero hay hombres que nos ganan
á curiosas y parleras.

Rosm. La ambicion de saber nace
con el hombre, y se acrecienta
con el-saber; ¿pero el hombre
qué es lo que saber desea?
El hombre quando á su arbitrio
todo se humilla y sujeta,
solo procura saber
lo que menos le interesa.
Y así estudia el marinero
en precaver la tormenta,
el villano en conocer
la nube que trae la piedra,
el Químico en hacer oro,
el Indiano en buscar perlas,
y el Astrólogo en medir
los Astros y los Planetas:
veas su estudio : ¿Pero qué hombre
en sí mismo estudia y piensa?
Este libro incluye mucho
que leer, le tiene qualquiera
en sus manos, y á sus ojos;
pero hay pocos que le lean.
Esto es en general. Luego
en la muger es mas necia
el ansia de saber quando
no se ciñe á la prudencia.
Con que, que eres dueña
de tí misma, y quando quieras
inquirir alguna cosa
que á tu noticia reservan
sabe mandar al deseo
que no desee saberla.

Iren. Otra vez lo haré ; pero ahora
es imposible que pueda.

Rosm. Vamos, quiero complacerte
y decirtelo. Aquí es fuerza *ap.*
el engañarla. Mas mira
que otro alguno no lo sepa.
Lo que aquella caja tiene
es un veneno de acerva
actividad ; el olor solo

matará á qualquiera
que le exámine.

El difunto Alcion
quando nuestras tierras
invadieron enemigos,
se preparó con la idea
de emponzoñar quantas aguas
su ameno distrito riegan,
para que así pereciesen
á su horrorosa violencia
el gran número de tropas
que acamparon en las selvas.
Puso el Cielo compasivo
feliz término á esta guerra,
murió Alcion, y porque alguno
sus efectos no padezca
inadvertido, al morir
que la oculte me encomienda;
y así, guárdate, hija mia,
de que el deseo te ofrezca
la idea de abrir la caja,
pues ya sabes donde queda,
que yo la entierro, porque
si en mi poder la-tuviera,
y lo entendiese Roberto,
como un tirano recela
de todos, creeria que yo
para él la tenia dispuesta.
Guarda el secreto, y á Dios.

Iren. Descuidad de que se sepa
por mí : veis si era preciso
que el riesgo me previnierais
de ese veneno; porque
si no alguna vez pudiera
traer á pacer mi cordero
á estas pestilentes yerbas,
y si el pobre animalito,
por desgracia se muriera,
¿yo triste de mí qué haria?
Morirme tambien de pena. *vase.*

Rosm. Ay del arcano que un lustro
casi el silencio conserva:
si ahora yo le descubriese.
Los grandes designios llegan
solamente á madurarse
con el tiempo y la paciencia.

Sale Erg. ¿Rosmiro, puedo abrazarte?

Rosm. Ergasto, sí: ven, consueta

mi pecho. Llegará el día
en que mi gratitud veas.
¡Mucho te debo! Qué afable
destino, ¿qué fausta estrella
te inspiró salvar á mi hija?

Erg. El acaso me franquea
empeño tan venturoso.

Dexando aquí á Irene bella,
llorando por su cordero
que se le perdió en la selva,
deseoso de encontrarle,
y ansioso de complacerla,
corrí la orilla del río,
paso á la margen opuesta,
é introducido por donde
es mas fragosa la tierra,
veo un cruel javalí
que con injusta fiereza
destrozaba un corderillo;
por el color y las señas
me pareció que sería
el de Irene: llego apriesa,
pero en vano, porque ya
buito inanimado era;
la compasion y el enojo
en vengarle me interesan,
y sacando de la cinta
el hacha de partir leña,
descargo toda mi furia
sobre la bruta cabeza;
quiero repetir el golpe,
pero veo á Irene bella
caer en la corriente, y toda
mi sangre se heló en las venas.
Dexo la segur, atrojo
el tosco gaban en tierra,
y rompiendo los cristales
pude lograr su defensa.

Rosm. Tu gran corazón admiro,
pero tu riesgo me altera:
sabes que de la otra orilla
de ese río incurre en pena
capital todo el que mata
ó persigue alguna fiera,
porque para sí Roberto
ese deleite reserva?

Erg. Ya lo sé, Rosmiro, mas
turbó el lance mi prudencia.

Rosm. Sabes que al lícito gusto
del que manda se sujetan
las voluntades de todos
los que le obedecen? Vuela,
recoge el hacha, que acaso
por sus iudicios pudieran
descubrir el agresor.

Erg. Si haré: al punto voy por ella.

Rosm. Ve Ergasto, y no quiera el Cielo,
que porque á Irene le vuelvas
su corderito, peligran
tus horas mas placenteras.
Desde que al cuidado mio
tu buen padre te encomienda
en su tránsito bien sabes
si te he amado con ternura.
Te quiero... aun mas que imaginas;
y si mi muerte debiera
dilatarse, aunque no fuese
mas que dos dias... Dixera
mas, pero el secreto importa.

Erg. Decid, pues mas me atormenta
ese silencio que si
se me declarase adversa
la fortuna... Irene... acaso...
el respeto... la modestia...

Rosm. Ve, no dudes, executa
lo que te mando, y no temas.

Erg. Bien, mas declaradme...

Rosm. El tiempo
descubre quanto cautela
muestra precaucion.

Erg. Y en tanto...

Rosm. En tanto no te detengas,
y recoge la segur
antes que alguno la vea.

Erg. Sí... pero Irene... si me amas...
Quien declararse supiera...

Rosm. Casi el amor que le tengo
pudo ser llave maestra
de un secreto que cinco años
en mi corazón se encierra.

Erg. Mas aquí viene! esperad.

Dent. Part. Vaya de buila y de fiesta.

*Salen todos los Pastores cantando y
baylando delante de Irene.*

Mus. Celebrad, Pastores &c.

Sale Silv. Señor...

apresurado.

no se en qué ofenderos pueda
nuestra inocente alegría.

Rosm. ¡Señor! ¿Con quién hablas?

*Rob. Yo haré que pronto lo sepas.
¿Dónde está Ergasto?*

No faltaba á la simpleza
del siglo mas que un Pastor
tal tratamiento admitiera.
Señor significa alguna
superioridad, y en esta
situacion, la igualdad solo
es la felicidad nuestra.

*Rosm. Nosotros
no sabemos...*

*Rob. Por las señas
me parece que tú eres
el padre de Irene bella.*

*Silv. Todo el que tiene dinero
es Señor, y tú pudieras
serlo, que eres rico, y tienes
vacas, carneros y ovejas,
muchos se llaman Señor,
y no tienen mas cabeza
de ganado que la suya.*

Rosm. Si señor,

*Rob. ¿Cómo has podido
conservar entre las selvas
á la inclemencia del tiempo
una cara tan perfecta?*

*Rosm. Di que quieres, y no seas
hablador.*

*Silv. Digo que un guarda
encontró muerto en la selva
un javalí, y á su lado
una hacha de partir leña,
que se lo contó á Roberto,
que Roberto jura y reta
que le han dicho unos Pastores
que Ergasto le dió con ella,
y que para castigarle
le buscan á toda priesa.*

*Rosm. En eso ni sus cuidados
ni los míos se interesan.
En conservar su virtud
contra las máximas necias
de la edad presente creo
que mas aplauso merezca.*

*Rob. Yo lo dudo. ¿Qué peligros
puede oponer la rudeza
de un desierto á la virtud?*

*Rosm. En todas partes se encuentran,
pues la virtud es un vidrio
que al menor soplo...*

*Rosm. ¡Infeliz de mí! ¡Qué escucho!
Ergasto, no te detengas;
huye en tanto que el destino
su ayrado influxo modera.*

Dent. voc. A la selva.

Otros. Por aquí va.

Rob. ¿Mas qué es esto?

Rosm. Si le habrán hallado. quiere irse.

*Erg. Donde he de huir que no encuentre
conmigo mi suerte adversa.*

Rob. Espera,

caduco, ve tú, y procura
saber qué voces son estas. *vas. uno.*

*Rosm. Vete á la Corte, y encubre
tu atentado oculto en ella.*

*Rosm. Todo está perdido, si ellos
por mi desgracia le encuentran.*

Iren. ¿Irse Ergasto? ¿Pues por qué?

Iren. ¿Pero qué es esto, Señor?

*Cef. Ay que viene una caterba
de gentes por este lado
con lanzones y escopetas.*

*Rob. Mostrarte de que manera
en un rústico desden
un poderoso se venga.*

Erg. Roberto y sus guardas son

*Rosm. ¿Y qué á los ojos de un padre
hablais con tanta franqueza?*

*Rosm. Pues para hacer la deshecha,
volved al bayle vosotros,
y vete tú mientras llegan,*

*Rob. ¿Quién eres tú para que
me intimide tu presencia?*

*Vase Ergasto, y por el lado opuesto
salen Roberto y Guardas armados.*

*Rosm. Un hombre honrado. Esto basta
para inspirarle vergüenza
y rubor á un libertino.*

Mus. Celebrad Pastores, &c.

Rob. Mi espada en tu sangre yerta...

Rob. Villanos marchad. vanse huyendo

Sacan preso á Erg. Gism. y Guardas.

Rosm. Señor, (los Pastores.

Gism. Señor, traemos á Ergasto

á tus pies.

Rob. Infame, llega:

y si es Irene la causa
de tu culpa, tambien sea
testigo de tu escarmiento.

Erg. ¿Qué delito me condena,
Señor?

Rob. ¿Lo dudas, villano?

¿tú que mis Cotos penetras,
y por un cordero matas
la caza que se reserva *(cutan.*
para mí? Atadle á ese tronco. *lo exe-*

Erg. ¿Irene?

Rob. Tu culpa es esa.

Exála el último aliento
con las sílabas postreras
de su nombre entre los labios.

Iren. Señor...

Rob. Apartate necia.

Rosm. ¿Cómo, Señor? Dispensadles

á mis canas la licencia
de las voces, bien que á precio
de la verdad no me altera
la muerte ni sus horrores.

¿Así derramar intentas
la sangre de un inocente,
por vengar la de una fiera?

si las leyes de Polonia
algun derecho dispensan
sobre el plebeyo á los nobles,

será, si en aquel se encuentra
delito alguno, mas quando
no le hay, ¿dudo que le tengan,

si en un cordero que es mio
puede un javali hacer presa,
¿por qué no puedo matar

yo á un javali en su defensa?
Muere el cordero sin mas
culpa que su poca fuerza,

¿pues por delito no es justo
tambien que el javali muera?
Ademas, que si la sangre

del bruto se recompensa
con la del hombre, ¿á qué fin
nos grita naturaleza?

Aquel fue un irracional,
que vive y muere á obediencia
del hombre. Este es un vasallo
vuestro; pero en él se hospeda

lo mismo que en vos, una alma
ilustre, noble y eterna.

Ved, Señor, qual es mas digno
de que se ame y se defienda,

un racional, que os parece,
ó un bruto, que os diferencia.

Si fuese aquette litigio
al tribunal de una fiera,
absolveria á su especie,
mas vos condenais la vuestra.

Rob. Amigo, tus argumentos
me han hecho notable fuerza,
y así atiende á mi disculpa.

Si diez vasallos vendiera,
no equivaldria su precio
al gusto que me deleita
de seguir á un javali.

Y en fin haré lo que quiera
con vuestras vidas, pues soy
árbitro absoluto de ellas;

y si la razon no vale
convénzate la experiencia.

Dadme ese venablo. Toma,
tómale, ingrata: ¿qué tiemblas?

Iren. ¿Y qué he de hacer yo con esto?

Rob. Para que contento muera,
pues ha de morir Ergasto,
pásale el pecho tú mesma.

Iren. ¿Yo matar á Ergasto?

Rosm. ¡Ah monstruo!

Rob. Vamos.

Iren. ¿Yo manchar la diestra
inocente en sangre humana?

Ay Señor, que la ovejuela
nunca dió muerte al cordero,
ni la tortolilla tierna

quitó la vida á su amado,
antes si él muere llora ella.

Ergasto me dió la vida,
ved si es justa recompensa
que yo le quite la suya.

¡Ay de mí! solo esta idea
me hace temblar... ¿Qué seria,

Cielos, la execucion de ella?

Hierro cruel, yo te arrojo.

Señor, yo venero en esta
imagen la obra del Cielo,
y no puedo deshacerla.

Rob. Has de poder, enemiga:

toma el venablo, y no quieras...

Iren. Señor:-

Rob. ¿Qué dices?

Iren. Que no es posible que te obedezca.

Rob. ¿No? Veamos cómo puedes escusarte á mi obediencia: muera Ergasto á tu rigor, ó al mio tu padre muera.

Le coge de un brazo y le pone la espada al pecho.

Hiere, ó hiero.

Iren. Tente.

Rosm. ¡Ah impío!

Erg. ¡Ah cruel!

Rob. No te detengas.

Iren. ¡Ay padre! ¡Ay Ergasto! Cielos, ¿qué desventuras son estas? Morir mi padre, ó morir Ergasto... Ambas son dos penas tan iguales, que no sé distinguir la mayor de ellas. Mas sí, que mi padre debe vivir aunque á precio sea de toda mi sangre... ¿Pero tú has de morir? ¿Por qué ofensa? A reservar á mi padre me inclina naturaleza, y á ser leal con Ergasto la gratitud me interesa.

Rob. Si te detienes los dos morirán; pues porque yeas no soy cruel como juzgas, de dos vidas que pudiera quitar, una sola quiero: mas si á resolver no aciertas, mira que la de tu anciano padre ha de ser la primera. ¿Qué estás meditando? Yo no tengo tanta paciencia.

Iren. Aguarda, Señor, que ya voy á resolver.

Rob. ¿Qué esperas?

Iren. Ergasto, perdona. Debo mirar antes por aquella vida que animó la mia. ¡Pero ay Dios! La mano tiembla. Ergasto, en fin, ¿yo he de ser quien tu misma sangre vierta?

¿Yo he de apagar de tus ojos esas luces alhagüefas, y yo he de recompensar con la muerte tus finezas? Como... Mas mi padre... ¡Ay triste! Padre mio, ¿una hija vuestra ha de ver que vuestro pecho traspasa una mano fiera? No: primero en sus entrañas me abra sepulcro la tierra. Muere Ergasto, y muera Irene, tú al acero, y yo á la pena.

Rosm. Hija, detente, no cortes en su hermosa primavera esa tierna flor: mis años me avecinan á la huesa; dexa que acaben mis dias, y viviendo Ergasto, tenga un protector tu decoro contra inhumanas violencias.

Rob. Decídase esta disputa.

Erg. Decídala, Irene bella, mas con una mano enjague de un padre lágrimas tiernas, y con la otra de un amante el infeliz pecho hiera.

Iren. ¿Y habrá corazon en mí para eleccion tan horrenda? Es querer que yo no viva querer que uno ú otro muera, y así porque vivais ambos Irene sola perezca. *va á herirse.*

Rob. Detente, que aun es muy presto: sería mucha clemencia dexarte morir primero que se cumplan mis ideas. Pero ya que entrambas vidas igualmente te interesan, yo te propondré un arbitrio con que ni uno ni otro mueran.

Iren. ¿Cuál es?

Rob. Que me des la mano de esposa y tu desden venzas. Y ya ves por ensalzarte quanto humillo mi grandeza.

Erg. ¡Ah injusto! Mátame, Irene.

Rosm. Desestima su propuesta, y que su espada me acabe.

Rob. Callad, y determine ella.

Iren. ¿Y debo ahora resolverme?

Rob. En este instante: ¿qué esperas?

Iren. ¿Quién dirigirá mi acierto
en tanto tropel de penas?

Padre...

Rosm. Morir solícito.

Iren. ¿Ergasto...

Erg. Mátame.

Iren. Es fuerza

para hacer lo que decis
tener un pecho de fiera.

Menos daño es para todos
que yo eternamente sienta
la pérdida de un amor
que la de las vidas vuestras.
Señor, si mi mano quieres
ya mi humildad te la entrega.

Rob. Yo la acepto.

Rosm. Hija...

Erg. Inhumana...

Rob. ¿Qué gritais? Irene sea
el árbitro de su gusto.

Quando á un esposo se entrega
no tiene un padre derecho
sobre una hija. Irene bella,
pues elegiste, prevente
á cumplirme tu promesa
mientras voy á practicar
quanto en el caso convenga.
Desatad á ese villano,
y tú, Gismundo, no pierdas
de vista á Irene, que ahora
dexarla aquí libre es fuerza,
porque estos antes de tiempo
no penetren mis ideas,
que despues para llevarla
no faltará estratagema.

Si me burla, ha de morir;
si me creyó, será necia. *vase.*

Gism. Yo la espiaré á distancia,
para que ellos no lo entiendan. *var.*

Rosm. Piedad me causan entrambos,
y este monstruo me amedrenta;
pero si vivo, yo haré
que el temor se trueque. Cerca
está el instante preciso
de mi venganza y su afrenta. *vase.*

Erg. Si me abandonas, ingrata,
y á otro tu alvedrio entregas

no me das la vida, que antes
me das la muerte mas fiera.

Iren. De otro modo pensarias
tú si el corazon me vieras.

Erg. ¿Pues qué es lo que determinas?

Iren. Ya lo verás, quando sepas...

Erg. ¿Que?

Iren. Que siempre soy quien te ama,
y con amor no hay violencia.

Erg. ¿Cómo?

Iren. El tiempo te lo diga,
que es quien todo lo revela.

Erg. Mal con tu simplicidad
tu disimulo concuerda.

Iren. La necesidad alumbrá
los sentidos á qualquiera.

Erg. ¿Y en fin le has de dar la mano
á ese cruel?

Iren. No lo creas.

Erg. ¿Y serás mia?

Iren. Tampoco.

Erg. ¿No? ¿Pues de quien?

Iren. De mi estrella.

Erg. No te entiendo.

Iren. Eso procuro.

Erg. ¿Por qué causa?

Iren. Porque es fuerza.

Erg. ¿Y tú aseguras que me amas?

Iren. ¿Y tú dudas mi firmeza?

Erg. Sí, que en amor no hay secreto.

Iren. Pero en peligro hay reserva.

Erg. Pues en afan tan dudoso:-

Iren. En tal conflicto:-

Erg. En tal pena:-

Los 2. Quiéreme tú, dueño mio,
y vengaan desdichas, vengaan.

ACTO TERCERO.

*Cefisa y Silvia con un azadon al
hombro.*

Cef. **E**S menester que inventemos
para celebrar las bodas.

Silv. Yo no creo todavía
que se case con Irene
el señor.

Cef. Ella daría
gracias. ¡Qué tonta es!

Silv.

Silv. Si á tí

te quisiera no serias
tan desdeñosa.

Cef. Yo no.

Silv. ¿Posible es que me lo digas
en mi cara, quando sabes
que te quiero?

Cef. Eso no implica,
que el querer es una cosa
y es distinto el conseguirla.
Pongo por caso, tú quieres
arroke, vino y cecina,
pero como está encerrado
nunca te da en las encias.
Pues hazte la misma cuenta;
juzga que el amo me estima,
que se casará conmigo
despues, y que estoy metida
en una torre encantada
hasta que la hora precisa
se cumpla, y enjuágate
la boca con agua fría.

Silv. Con que no me quieres.

Cef. Antes
si haces lo que yo te diga
te querré mas.

Silv. ¿Qué he de hacer?

Cef. Anda ve de parte mia
y di al amo que si Irene
aun se le resiste esquivá
yo me casaré con él.

Silv. Eso es ser alcomonias.

Cef. ¡Ay que majadero que eres!
Quando una persona estima
á otra, el modo de mostrarlo
es facilitar sus dichas.
Querrás que duerma por tí
entre el heno y la inmundicia,
puliendo dormir rodeada
de adamasgadas cortinas?
Quando yo fuese muger
de un caballero tendrías
tú el gustazo de acortarte
que un tiempo fui tu querida.

Silv. Por ahora estamos bien léjos
de que suceda esa dicha.

Lleva á casa este azadon,
que ahora vengo de las viñas,
y me voy al ato.

Cef. Daca. le toma, y le arroja.

Silv. Oyes, ¿y por qué le tiras?

Cef. Porque mis manos no deben
tocar ya esas porquerias.
Quando vayas á la Corte
traeme unos guantes.

Silv. De tripas de
calabaza.

Cef. Tú piensas
que lo que te digo es mentira?
Antes de un mes me has de dar,
si Dios quiere, señoria.

Silv. ¿Ay, señoria? Lo creo
como llueven longanizas.

Cef. ¿No ama un caballero á Irene?
¿pues por qué yo no podria
encontrar otro tambien?

Silv. Tiene razon usiria.
Lleve el azadon á casa
si gusta vuestra ilustrísima.

Cef. Llévelo él.

Silv. Yo no le llevo,
perdone su señoria.

Cef. Ahí se quedará.

Silv. Muy bien;
y si se pierde por dicha,
usia verá qué palos
que la sacuden á usia. *vase.*

Cef. ¿Palos á mí? Ya pasó
ese tiempo. Es cosa fixa
que no encuentra la ventura
el que no la solicita.

Ahora me voy á poner
la ropa que llevo el dia
de fiesta, y á ver al amo,
que si me ve aseada y limpia,
puede ser que se le olvide
Irene, y á mi me admita.

Sal. Mel. ¿Cefisa, qué estás pensando
aquí tan entretenida?

Cef. Pienso que Irene es muy tonta,
porque Roberto la estima,
y ella no le puede ver.
Vaya... No sé qué haria
por llegar á ser señoria.

Mel. ¿Señora tú? Qué borrica.

Cef. ¿Pues qué dificultad tiene?
señoras hay muy prendidas
que no saben la mitad

que yo. Yo sé hacer lexia,
sé amasar, barrer la casa,
sé cuidar de la cocina,
y sé llevar los corderos
por el río y la campiña.

Mel. Muy buenas son esas prendas
para ser señora. Amiga,
el gustar á un caballero
requiere ciencia distinta,
si fuera yo, tal qual.

Cef. ¿Tú?

Ay que tonta presumida;
¿y tú qué sabes hacer?
¿Quieres que yo te lo diga?
Mirarte en qualquiera arroyo,
recrearte bien de arriba
abaxo, estudiar los pasos
y el talle en la sombra misma.
Escucha: allí hay una fuente,
mirate, que eres bonita.

Mel. ¿Si pudieras tú imitarme,
tonta, qué te faltaria?

Cef. ¿Pues qué me falta, muger,
qué me falta? Dilo aprisa.

Mel. Lo que no tienes. El juicio.

Cef. Oyes, préstame una libra.
Pero no quiero quimeras
contigo, desvanecida:
Voy á ver si encuentro al amo,
y aunque Irene es tan bonita,
puede ser... Qué sé yo. El diablo
hace lo mas. Agur chica. *vase.*

Mel. Anda, majadera.

Sale Erg. Que hube
de encontrar por mi desdicha
con esta muger.

Mel. Ergasto
á Dios, ¿qué no me veias?

Erg. Sí; mas tengo en la cabeza
otras cosas mas precisas.

Pero dime ¿has visto á Irene?

Mel. Irene, sí... ¡pobrecita!
Ya ves lo que te ha querido,
y aun viéndola reducida
á casarse con Roberto
presumirás que te estima.

Erg. No me atormentes, Melania,

Mel. Pero casada y querida
de Roberto, qué pretendes

conseguir de ella?

Erg. La dicha
de amarla.

Mel. ¿En los brazos de otro?

Eso nadie te lo quita,
pero no podrás hablarla
ni verla mas en tu vida.

Erg. Pues suspiraré por ella.

Mel. Y te olvidará en dos dias.

Erg. Déxame por Dios.

Mel. Si quieres

saber lo que es una fina
pasion, busca una Pastora
mas leal, si no tan linda,
que por tu amor... Ya me entiendes.
A Dios pues: hasta la vista. *vanse.*

Sale Iren. ¡Bueno! Con que esa muger
es de mi pena el motivo,
pues es quien me induxo á hablar,
que hasta ahora no te lo he dicho,
á Roberto, ¿y tú con ella
estás tan entretenido?
Yo te digo la verdad,
esto lo siento infinito.

Erg. Si es por rencor tienes causas:
si es por zelos, dueña mio,
dexa para mí esa pena.
¿Por qué antes que á otro cariño
te rindieses, no vertiste
mi sangre en aquel conflicto?
El ser entonces piadosa
fue ser muy cruel conmigo,
quanto es mayor impiedad
perderte y dexarme vivo.

Iren. Aguarda. Si mis sospechas
son zelos, segun has dicho,
las tuyas deben llamarse
ó fantasia ó delirio.

Si yo le entrego mi mano
á un hombre que he aborrecido
por amarte, ¿á él que le vengo
á dar? ¿A tí que te quito?
Pues que importa que otro diga
está belleza consigo,
si tú puedes decir siempre
aquel corazon es mio.

Erg. ¡Ay Irene! De un amor
tan puro el mundo no es digno,
tu corazon me bastara

si á tí te bastase el mio.

Y porque lo veas , mira:
si Roberto es tu marido,
será mi muger Melania.

Iren. ¿Melania?

Erg. Es igual partido.

Iren. Melania es una traidora.

Erg. Y Roberto es un impio.

Iren. Él me violenta á casarme.

Erg. Yo me violento á mí mismo.

Iren. Mas yo no quiero que seas
de otra.

Erg. Eso es lo que yo digo:
si otro te logra , aunque á mí
se dirija tu cariño,
siempre es perderte, y no puedo
resistir tanto martirio.

Y así juzga, bella Irene,
que admitir dueño distinto,
será dar para mi estrago
dogal , veneno y cuchillo. *vase.*

Iren. Ay Ergasto, que bien dices,
porque yo pienso lo mismo,
mas si me escuso á Roberto,
el riesgo no les evito

á Ergasto y mi anciano padre.
¿Qué he de hacer en tal peligro?

¿Pero qué he de hacer pregunto?

Lo que tengo discurrido,
y á Ergasto decir no quise,
porque no intente impedirlo.

Darme la muerte yo misma
es el remedio que elijo,
pues faltando yo le faltan

al tirano los motivos
del odio contra los dos.

Me arrojaré de aquel risco,
ó en las cándidas espumas
me sepultaré del rio.

Pero no ; al pie de aquel arbol
poco ha mi padre ha escondido

en una caxa un veneno
tan penetrante y activo,
que solo su olor da muerte,

y no es tan cruel suplicio
para el miedo natural
como el que habia elegido.

Voy á sacarla , que como
el terreno está movido

podré muy bien con las manos.
Nadie me ve...¿Mas qué miro?

Aquí hay un azadon ; esto
es que piadoso el destino

me proporciona los medios. *cavando.*

de que salve el honor mio

con mi muerte. Fuerza es

apresurar mis designios

antes de que alguno venga.

Ve aquí la caxa. Qué tibio

es su peligroso hedor,

pues ni apenas le percibo

quanto mas darne la muerte,

ni perturbarne el sentido.

Quiero abrirla que mas presto.

Sale Rob. ¿Qué haces sola en este sitio,

Irene ? Qué caxa es esa?

Iren. Presto lo sabreis.

Rob. No admito

dilaciones.

se la quita.

Iren. No la abrais,

Señor , temed el peligro.

Rob. ¿Qué peligro? Quita.

Iren. Luego

no digais que no os lo aviso.

Rob. Una joya...Un pliego. ¿A ver?

¿Sagrados Cielos, qué miro? *Apar.*

» Rosmiro, amigo leal, *(tase de Iren.*

» en el postrer parasismo

» de mi vida te descubro

» un arcano peregrino,

» bien que en confusas señales

» antes de ahora le has sabido.

» Ese Pastor que he criado,

» y á tu custodia confio,

» es el hermano menor

» de quien posee el Castillo

» de Grod. Si acaso algun dia

» lo permitiere el destino,

» publica su amarga historia

» que en este trance acredito

» con esa joya , esta carta,

» y un juramento que firmo = Alcion.

¿Puede ser verdad?

¡vive entre estos escondidos

mi hermano Demetrio!

Iren. ¿Cómo

ni él se muere, ni yo espiro?

Puede ser que este veneno

haya la fuerza perdido.
Rob. ¿Dónde está para que yo haga verdadero su exterminio?
 ¿Dónde está tu padre? ¿Dónde se oculta ese fementido?
Iren. ¿Mi padre, qué culpa tiene?
 ¿No os avisé del peligro?
Rob. ¿Lo sabe el traidor? En vano ocultármelo ha querido.
Iren. ¿Pero estais emponzoñado?
Rob. Sí, me emponzoñó el indigno.
 Por mi corazon se esparce un veneno tan activo que hasta el alma me penetra.
Iren. Y yo todavía vivo; ¿pues cómo es esto?
Rob. Aquí viene. *Sale Rosm.*
 Caduco, estos son delitos tuyos. ¿Dónde está Demetrio?
Rosm. ¡Santo Dios! somos perdidos.
 ¿Hija, qué has hecho?
Iren. Quería morir, y no lo consigo.
Rosm. Yo te engañé por prudencia, tú por error me has vendido.
Rob. A mí, traidor me egañaste; al mundo engañas, indigno, esparciendo la existencia falsa de un hermano mio que ha tantos años que es muerto.
 Miente este falaz escrito, y porque llegue á mis manos á mentir has inducido á tu hija. ¿Mas si Demetrio vive, dónde está escondido?
Rosm. ¿Dónde está? Eso no se sabe hasta su tiempo preciso.
 ya lo sabreis algun dia que para mí tarda un siglo; pero la espada del Cielo, Señor, no apresura el filo jamas, porque siempre tiene las víctimas á su arbitrio.
Rob. Dí, dónde está, pues lo sabes.
Rosm. ¿No asegurais que ha mentido ese pliego que leisteis?
Rob. Miente, sí; pero es preciso que me digas quanto ignoro; habla, ó cerrará este filo

eternamente tus labios.
Iren. Señor, tened os suplico.
Rosm. Señor, en mi edad la vida es un afan muy prolijo.
 Si me la quitais ahora moriré fiel á mi digno Señor, mas no morirá hoy el secreto conmigo.
 Ay quien cuida de Demetrio, El Cielo ha de descubrirlo, y sabe quando ha de ser.
 Por ahora basta deciros que se oculta en estos valles, que es dueño de aquel Castillo, que yo le guardo ha gran tiempo, que á la Dieta ha recurrido, y que el Cielo le defiende para horror de los impíos.
Rob. Pues bien. El Cielo, la Dieta, el mundo todo, y Rosmiro, hablen por Demetrio en tanto que á eterno silencio fio tus palabras. Muere.
Iren. ¡Ay Dios!
 Señor, ved el llanto mio.
Rob. Ni lágrimas ni piedades atiendo, busco, ni estimo.
Sale Gism. Señor, gran novedad.
Rob. ¿Qué es?
Gism. Que ha llegado ahora al Castillo un Ministro de la Dieta, y os busca con gran sigilo.
Rob. Que venga toda Cacrovia.
 Si este fuere un golpe, hijo, acaso de tus ardidés, no tardará tu castigo. *vase y Gism.*
Iren. ¿Padre, qué dia es aqueste?
Rosm. Es un dia que suspiro, y quando presente le hallo no le juzgué tan vecino.
 Por apresurar su curso, no obstante mis años tibios, fui á Cracovia el otro dia, donde la Dieta me ha oido.
 Allí de nuestro tirano la malicia he convencido, y ve aquí de la justicia el impulso ejecutivo. *vas.*
Iren. Señor, escucha. Ay Ergasto,

ya espiró nuestro peligro,
voy á buscarle y decirle
todo lo que ha sucedido. *vas.*

Salen Cefisa y Silvio.

Cef. Huyamos, Silvio.

Silv. ¿De qué
tiene usía tanto miedo?

Cef. Huyamos que hay en la selva
Soldados.

Silv. ¿Y qué tenemos?

Cef. Ay Silvio mio, que he visto
dos ó tres de tan mal gesto
que me han dexado asustada.

Silv. Borríca, pues no estas viendo
que los Soldados son hombres
como los demas.

Cef. Mostrenco,
¿qué han de ser hombres, si son
Soldados?

Silv. Dexate de eso,
¿y dí, quando nos casamos?

Cef. Hombre, no seas majadero,
que yo pienso en ser Señora,
y tengo razon para ello.

Silv. Calla que aquí viene Irene
con Ergasto.

Cef. Pues callemos,
Salen Ergasto é Irene.

Erg. ¿Pues como mi padre Alcion
me recató este secreto?

Iren. Yo no sé; lo que es seguro
es que del cruel Roberto
ya no seremos vasallos.

Erg. Quien será este Pastor, Cielos,
á quien conservó la vida
mi padre, para ser dueño
de este Castillo.

Iren. Yo juzgo
si acaso será Fileno.

Erg. ¿Por qué sospechas en ese
y en otro no?

Iren. Porque veo
segun Roberto se porta,
que es otro tanto Fileno:
y es carácter la soberbia
que distingue á un noble necio.

Erg. Irene, los que son nobles
no son iguales en genio.
Muchos aman la virtud,

la sostienen con empeño,
y en hacer felices fundan
toda su grandeza. Luego
si alguno su ilustre sangre
obscurece con sus hechos
es de su índole la culpa;
mas no de su nacimiento.
si yo fuese poderoso
jamás imitaria á estos.

Silv. Si yo lo fuese habia de ir
en coche á guardar los puercos.

Cef. Pues yo habia de comer
en platos de terciopelo.

Iren. ¡Ah! ¿Si Ergasto fuese noble
me amaría? No lo creo.

Erg. ¿Yo dexar de amarte? ¡Yo!
¿ser ingrato á amor tan tierno?

Antes verias, Irene,
verter las fuentes incendios,
nacer en el mar las flores,
volver los rios al centro
de las montañas... Pero estas
son fantasias y sueños
de un amante corazón.

Mas porque permitió el Cielo
que yo no naciese noble,
y rico para poderlo
acreditar con las obras.

Iren. Yo lo dudo, porque aun siendo
no mas que un pobre Pastor
te mudas á qualquier viento;
sino dígalo Melania,
pues todavia me acuerdo.

Erg. Eso es bueno para tí,
que por un villano miedo
te ofrecias á un impío
de humana sangre sediento.

Iren. ¿Y juzgas que lo cumpliese,
sin darme muerte primero?

Erg. ¿Y crees que yo con Melania
tuviese tal pensamiento?

Iren. Yo no lo sé; pero sé
que siempre es firme mi pecho.

Erg. Pues si lo es, si todavia
me quieres, haz juramento
de ser mi esposa, que yo
igualmente te lo ofrezco,
siendo testigos de este acto,
Cefisa, Silvio y el Cielo.

Silv. Que es eso de ser testigos.

Erg. Declarar lo que estais viendo.

Cef. ¿Lo que veo declarar?

Y tambien lo que no veo
declararé si es preciso.

Silv. Por hablar no lo dexemos,
que ella hablará mas que doce
suegras y seis gaceteros.

Iren. Yo estoy pronta, y con mi mano
afirmo lo que prometo.

Erg. Yo la recibo de esposa.

Sale Rosmíro. (esto?)

Rosm. ¿Qué haceis mucha chos? ¿Qué es

Silv. Se están casando, y nosotros
somos los testigos de elio.

Rosm. ¿Casar, cómo?

Cef. Si señor,
y ambos lo declaráremos.

Rosm. Callad.

Erg. Señor...

Iren. Padre mio...

Silv. Y lo han jurado á mas de eso.

Rosm. ¿Qué han jurado?

Silv. Ser marido
y muger.

Cef. No si no huevo.

Iren. Padre, la verdad os dicen.

Rosm. Habeis ofendido al Cielo
porque habeis jurado en vano,
y quando se falta en ello
contra el mismo que los hace
se cumplen los juramentos:
vosotros por justas leyes
habeis de faltar al vuestro,
pues el Cielo no permite
que llegue á debido efecto
ni os querrá sufrir perjuros.

Iren. No señor, lo cumpliremos.

Rosm. No puede ser, hija, escucha:
el tierno y verde renuevo
se doblega facilmente
donde el agricultor diestro
gusta de guiar sus ramas.
Los hijos á igual exemplo
deben doblar sus cervices
adonde el padre discreto
gusta de enlazar sus bodas;
siendo esto así, yo no debo
permitir que vuestro enlace

se efectúe, ni yo creo
que á mi razon y mi gusto
os atrevais á oponeros.

Iren. Pues, padre, ¿por qué motivo?
Juzgad que hasta este momento
ha sido igual nuestra suerte.
Pensad que como hijo vuestro
le habeis conmigo educado,
que no es de bronce mi pecho;
y que en el sin saber como,
se ha ido el amor encendiendo.

Erg. ¡Ah Rosmíro! si á su llanto
añaden fuerza mis ruegos,
permite que nuestros votos
se cumplan.

Rosm. Son indiscretos,
y no debo permitirlos;
no es un capricho ligero
quien me obliga á disgustaros,
sino un proceder modesto.
Yo me opongo á que te cases
con Irene; pero quiero
que te ame siempre, y así
como te ha de amar la enseño.
Dadme la mano á besar.

Erg. Señor... ¿Qué viene á ser esto?

Iren. ¿A Ergasto, Señor?...

Rosm. Ergasto
ya no existe: este es Demetrio,
y en él le beso la mano
á mi legitimo dueño.

Erg. Pues cómo puede...

Rosm. Escuchadme.
Hermano sois de Roberto,
y el Palatino de Grod,
por padre os concedió el Cielo
á entrambos; pero siendo hijo
de segundo casamiento
vos, vuestra madre al morir
os constituyó heredero
de este Castillo y Aldeas:
vuestro hermano, viendous tierno
infante, quiso usurparos
este material derecho:
el Vistula presuroso
tanto creció en aquel tiempo,
que al ímpetu de las olas
por señal de su trofeo,
entre destrozados troncos

llevó edificios deshechos
de aqueste Castillo, adonde
acuden quantos pudieron:
una torre se desprende
falseado el duro cimiento,
por cuya causa se dixo
(sí bien pocos lo creyeron)
que vos en la misma cuna
os dió el río monumento.
Esto fue lo que intentaba
el inhumano Roberto;
mas fiandose de Alcion
le malogró los deseos,
ó se apartó de su vista,
y en inocente destierro
os crió como hijo suyo
sin declarar el secreto
por temor de vuestro hermano,
y al dar el último aliento
me hizo por nuestra amistad
partícipe del suceso.
Yo habiendo adquirido ahora
un protector que venero,
partí á Cracovia, y la Dieta
entendió vuestros derechos.
Ahora los Cielos os hagan
semejante al padre vuestro,
y distinto de un hermano
cruel, altivo y sangriento.

Erg. Si hará; ¿pero fiel Rosmíro
es lo que me dices cierto?

Iren. Señor...

Cef. Lo oyes, Silvio.

Silv. Vaya,
que está divertido el cuento.

Erg. ¿Qué gente es esta?

Iren. ¡Ay Ergasto!
Padre, huyamos de aquí presto.

Rosm. No temas.

*Baxan por el Castillo Roberto, Contra-
do, Oficial Polaco, y Soldados.*

Conr. Anciano, si eres
Rosmíro á buscarte vengo.

Rosm. Rosmíro soy, ¿qué mandais?

Conr. Dime, dónde está Demetrio,
que á tí me envía la Corte,
y a su justicia atendiendo
le llama á la posesion
de este Señorío: luego
cí pon que venga á mi vista.

Rosm. Presente le teneis. Vedlo.

Rob. ¿Quién? ¿mi hermano ese traidor?
¿Y que no le hubiera muerto?
Ve ahí el arte, ve ahí la astucia
de ese infame y sagaz viejo
que pretende ennoblecer
por sanguinarios medios
al amante de su hija.
¿Pero cómo me refreno
que su vida no aniquilo,
y su vil sangre no bebo?

Conr. Despacio, Señor. Debeis
tener á esta orden respeto,
le enseña un papel que él lee.
y yo la debo cumplir.
Sin la joya, sin el pliego
que en vuestro poder he visto
no hay duda de que Demetrio
es este. Tiene la Corte
evidente prueba de ello:
este Señorío es suyo
por maternal privilegio.
La Dieta os habla por mí,
dexadle en paz os prevengo,
y venid ahora conmigo
donde manda su decreto,
si no quereis obligarnos
á desnudar el acero.

Rob. Tiemble de furor.

Rosm. El gozo
me transporta.

Erg. ¡Santos Cielos!
¿es realidad?

Iren. Quanto ahora
de que no fuese veneno
lo que la caxa tenia
interiormente me alegro
por vivir, y ver á Ergasto
en estado tan diverso.

Erg. Doy á los Cielos las gracias
por tan admirable truco.
Y tú, hermano, nada pierdes
mientras que yo lo grango.
Dame los brazos.

Rob. Aparta,
rudo villano grosero,
tu amistad no la procuro,
tu enemistad no la temo,
ni nada puede obligarme
á creer este parentesco.

Erg. Perdono tu ingratitud,
y tu arrogancia desprecio.
Ven á mis brazos, Rosmiro,
por tí hoy renazco, tu zelo
premiaré; pero qualquiera
recompensa será precio
muy escaso á tus lealtades.
Dime tú, ¿qué es lo que puedo
hacer porque iguales queden
tu fé y mi agradecimiento?

Rob. Debes casarte con su hija.
No se contentará con menos
recompensa ese caduco:
bien lo dice su silencio.

Rosm. Mi silencio os ha engañado,
no porque si al nacimiento
se atiende deba humillarme
á juzgar no merecerlo.
Servi á vuestro padre quando
erais vos infante tierno:
Desengaños, no delitos
ni necesidades fueron
lo que á vivir me obligaron
en este inculto desierto,
mas si en mis maduros años
satisface mis deseos
con mi situacion presente
en mis instantes postreros:
poco adularán mi idea
riquezas, honras ni ascensos.
Demetrio encontrará esposa
digna de su casamiento,
y yo seré muy dichoso
si antes de mi muerte veo
dulce fruto de su enlace
un legitimo heredero,
que imite á su padre, y que
no desdiga de su abuelo.

Erg. Pues para imitarme á mí,
ha de ser, Rosmiro, siendo
tu hija su madre. Mi mano,
amada Irene, te entrego.
Llega, dulce esposa mia.

Iren. Yo llegaré... pero tiemblo...
El bello nombre de esposa,
tan amable en otro tiempo,

me parece ahora distinto
quanto á tí te hallo diverso.
Yo no sé qué conmocion
agita mi debil pecho,
que no sé determinar
si es amor ó si es respeto.
En fin, padre, en tan dudoso
é intransitable sendero
vuestro gusto me dirija.
¿Qué haré?

Rosm. Obedecer al Cielo.

Dale á Demetrio la mano.

Iren. Su voluntad reverencio.

Rob. Esto solo me faltaba.

Erg. Con el corazon la acepto.

Rosm. ¡Feliz padre!

Lor. 2. ¡Feliz dia!

Rob. Burlados mis pensamientos
é Irene en los brazos de otro!
¡Ah! máteme mi despecho.

Cef. Si teneis gana de ser
marido, tambien la tengo
yo de ser muger, echar
acá la mano, y al cuento.

Rob. Aparta, ó te haré pedazos.

Sale Mel. Con que se casa en efecto
Irene con vos.

Rob. Villanas,
¿os burlais de mi tormento?
todos me ofendeis, á todos
os abomino y detesto. *vase y Conr.*

Mel. Con que se ha casado Irene
con Ergasto, que es Demetrio:
pues yo á entrambos pido humilde
que perdoneis mis excesos.

Iren. Ven á mis brazos.

Rosm. Ahora
en evacuando Roberto
el Castillo, tomareis
la posesion suya, y luego
ireis á la Corte donde
legitimareis el derecho:
y dando por sus piedades
rendidas gracias al Cielo,
pidamos al auditorio
el perdon de nuestros yerros.